

La Argentina de *Realidad*

Luis Alberto Romero

(Conicet-UBA)

LA revista *Realidad* surgió del esfuerzo conjunto de un grupo de intelectuales españoles exiliados –principalmente Francisco Ayala y Lorenzo Luzuriaga– y de otro grupo de intelectuales argentinos, todos ellos enfrentados con el régimen peronista gobernante, encabezado por Eduardo Mallea, promotor de la idea, y Francisco Romero, director nominal de la revista. El propósito declarado fue observar la realidad contemporánea “desde nuestro mirador argentino”. Publicada entre 1947 y 1949, su existencia transcurrió durante los años iniciales del primer gobierno peronista. Todas estas circunstancias hacen a la existencia de la revista y a la perspectiva con la que, más allá de las diferencias, se miraba esa realidad.

En este texto nos proponemos explicar tres cuestiones. En primer lugar, cómo era aquella Argentina peronista. Luego, más extensamente, qué características tenía el mirador: el mundo de los intelectuales antiperonistas, que incluyó a muchos exiliados republicanos. Finalmente esbozaremos el modo en que la Argentina fue vista desde la revista: la perspectiva de *Realidad*.

LA ARGENTINA EN LOS AÑOS DE *REALIDAD*

Dos cuestiones son relevantes para comprender a la Argentina en los años de *Realidad*, que son los iniciales del primer gobierno peronista: la prosperidad económica del país y la brecha ideológica y política que lo dividió.

“La Argentina era una fiesta”, tituló Félix Luna al tomo pertinente de su historia del peronismo. Tulio Halperin Donghi, por su parte, habló de la “revolución social” de esos años, perceptible para cualquiera que caminara

por las calles o viajara en tranvía. Luna admite que algo de eso hubo en la elección presidencial de febrero de 1946, pero agrega: “no había aire revolucionario sino clima de jolgorio... sabor de fiesta y talante de romería”¹.

Ambos autores –jóvenes por entonces, y con experiencias tan vívidas como personales– recogen algo propio de la Argentina del momento. Al fin de la Segunda Guerra Mundial era un país próspero, y durante los tres años siguientes, hasta 1949, disfrutó de la riqueza acumulada durante el conflicto. Hoy se admite que no lo hizo de la mejor manera posible, pero lo cierto es que, para muchos, aquellos fueron años espléndidos en lo material, y para otros –como Ayala y muchos exiliados españoles–, años en los que pudieron sobrevivir sin zozobras. El gobierno, que disponía de abundantes reservas en divisas, profundizó las políticas estatistas iniciadas en los años 30, nacionalizó importantes sectores de la economía –vendidos con satisfacción por sus propietarios extranjeros– y acentuó el control del comercio exterior, el crédito, los salarios y los precios. La industria nacional –incluyendo la editorial–, que había crecido después de la crisis de 1930 y se expandió durante la guerra, fue sostenida con créditos baratos, divisas a precio promocional y un mercado consumidor en expansión, debido a la elevación general de los salarios. Como en muchos países de entonces, el rumbo político elegido fue la autarquía, el sostenimiento del mercado interno y la distribución del ingreso.

Los trabajadores se beneficiaron con el pleno empleo y los salarios protegidos por sindicatos que el Estado reconocía. La demanda de trabajadores no solo movilizó la migración interna sino que atrajo una nueva oleada de inmigrantes, provenientes de la Europa de la posguerra, dominada por la desocupación y el hambre. Con buenos salarios, el consumo se amplió, incluyendo rubros hasta entonces poco habituales para los trabajadores, como el turismo vacacional o el cinematógrafo semanal. Pero la democratización incluyó también la educación, con una significativa ampliación de la matrícula en la enseñanza media y un perceptible aumento de la matrícula terciaria y universitaria.

Empleo y salarios formaron parte de una propuesta más general, la “justicia social”, que junto con la independencia económica y la soberanía política fueron banderas del peronismo. La justicia social incluyó políticas estatales sobre vivienda, salud, atención a los ancianos y otras comunes a

las de los “estados del bienestar” de entonces, y particularmente el inglés. Pero además contuvo elementos simbólicos, como la dignificación del trabajador, que profundizaron el movimiento de democratización de la sociedad característico de las décadas anteriores, llevándolo a extremos que parecían conmovir privilegios tradicionalmente establecidos.

Allí residió esa dimensión revolucionaria, que subrayó Halperin Donghi, referida a la acelerada incorporación, al clima igualitario y a la valoración de prácticas y gustos considerados “populares”, aunque más justamente deberían adscribirse a las industrias culturales masivas o a la propaganda estatal. Si hubo conflictos sociales, estos no se asemejaron al clásico modelo de la “lucha de clases”; provinieron más bien de la democratización acelerada, y el desafío a las elites establecidas, que empezaron a ser desplazadas por nuevas camadas de dirigentes. Fue una revolución profunda y de consecuencias –desde entonces la Argentina tuvo problemas para conformar elites legítimas– pero realizada en medio de la fiesta y el jolgorio.

Donde hubo conflicto, y fuerte, fue en la política. El peronismo llevó al extremo una modalidad plebiscitaria de la democracia que, en rigor, remontaba a los tiempos de Yrigoyen y el inicio de la democracia moderna². La aclamación y el liderazgo ocuparon el lugar asignado en la versión republicana y en la Constitución a la representación y la discusión, que nunca tuvieron demasiado arraigo en la cultura política peronista. El liderazgo –Perón y Eva Perón– fue más intrusivo, alcanzando la educación escolar. El monopolio de los medios de difusión –los diarios, las radios– hizo abrumadora la propaganda oficial y, simultáneamente, las libertades públicas fueron recordadas con la intimidación y algo de persecución. Esta fue moderada, si se la compara con la que el mismo régimen desarrollaría luego de 1950, pero fue difícil de sobrellevar para sus opositores, sobre todo porque se habían acostumbrado a ver, no sin razón, al peronismo en el espejo del fascismo.

La brecha política e ideológica

Los argentinos estaban tajantemente divididos en peronistas y antiperonistas. Había una brecha política e ideológica profunda. Pero no era nueva, sino que resignificaba la que se había venido conformando desde las primeras décadas del siglo XX.

Se trata de una brecha tan definida como cambiante en sus contenidos; los actores cambiaban de posición, las alianzas se reconfiguraban y lo político y lo ideológico no siempre coincidían. Pero la brecha le fue dando a la convivencia ciudadana, política e intelectual, un tono fuertemente crispado. No faltan precedentes en el siglo XIX, durante las guerras civiles y el largo proceso de organización nacional. Pero fueron diferentes en el contexto del siglo XX, con un estado organizado, un nacionalismo liberal e integrador, cultivado en las décadas finales del siglo XIX, y luego una apertura hacia la democracia política con la ley Sáenz Peña de 1912. Por entonces, con el radicalismo, la democracia nació plebiscitaria, nacional y popular. El radicalismo era “la nación misma” y fuera de él solo quedaba “el régimen”. Desde entonces, y nutrida en los debates europeos, la cuestión de “las masas” y “la democracia” se instaló en el debate, que en sus estribaciones recogió *Realidad*.

Un poco antes, muchos intelectuales habían comenzado a buscar en la Argentina los rasgos que definían una nación culturalmente homogénea, a la alemana, superior a la meramente liberal y constitucional. Manuel Gálvez, Ricardo Rojas y tantos otros comenzaron una querrela acerca del “ser nacional”, que atravesó los años 30 y llegó a manifestarse en *Realidad*. La Iglesia católica, ya embarcada en una cruzada contra el Estado laico, agregó en torno del Centenario su propia versión: la Argentina era una “nación católica”. Poco después asumió el programa papal de la “re Cristianización” de la sociedad y del Estado, impulsó la formación de intelectuales con los Cursos de Cultura Católica, y de cuadros militantes a través de la Acción Católica. Las jornadas del Congreso Eucarístico Internacional de 1934 –con su multitud de varones adultos comulgando en las calles– dieron testimonio de la fuerza de este giro y de su instalación en una buena parte de la sociedad. Finalmente, el Ejército elaboró su propia versión del nacionalismo, basado en el territorio y la autarquía estatal –condición de la “nación en armas”–, antes de que su imaginario fuera atrapado por el nacionalismo católico y subsumido en la clásica imagen de la espada y la cruz.

Todas estas versiones, muy diferentes, tenían algunas coincidencias: el tono militante y regeneracionista, y la partición del país en dos: lo auténticamente nacional y lo espurio, cosmopolita, antinacional. Poder definir

quiénes eran los que integraban uno y otro campo era precisamente el trofeo en disputa. Luego de la crisis de 1929, el liberalismo más clásico –en buena medida un resultado de la definición de los otros– no encontró otra defensa que el elitismo intelectual y el régimen político fraudulento. La izquierda progresista, entre liberal, socialista y comunista, batalló mejor: fortaleció los sindicatos y desarrolló su propio programa cultural popular; pero sus diferencias internas eran con frecuencia más importantes que las coincidencias.

Ambos mundos, ideológicos y culturales, coexistieron de manera no belicosa hasta la Guerra Civil Española³. Ésta polarizó la opinión, en parte porque estaba preparada para polarizarse, en parte por la importancia de la colectividad española y en parte, también, por la acción militante de los numerosos exiliados. Con los rebeldes franquistas se identificó el nacionalismo católico, que hizo el gasto en materia de movilización callejera o de acciones solidarias con los rebeldes. El liberalismo conservador, predominante tanto en el gobierno como en la Unión Cívica Radical, la principal fuerza opositora, se mantuvo neutral. Al igual que Inglaterra o Francia, la mayoría estuvo recelosa del papel del comunismo en la República, hasta que se inclinaron por los rebeldes victoriosos, como hizo *La Nación*. Los partidarios de la República, que tuvieron la iniciativa en la opinión y en la calle, estaban divididos en la conducción –sobre todo entre socialistas y comunistas– pero unidos en la base. El movimiento en solidaridad con la República fue enorme. Junto con las organizaciones de la colectividad, mayoritariamente republicanas, y los intelectuales –argentinos y exiliados mezclados–, lo impulsaron el diario *Crítica*, los sindicatos, las sociedades barriales, las bibliotecas populares y todo el denso mundo asociacionista de entonces.

En el plano político, participaron los socialistas y los comunistas, y probablemente un amplio sector del radicalismo, aunque sus jefes prefirieron no comprometerse. Todos ellos conformaron la base de una organización política que podía enfrentar al gobierno conservador y fraudulento: un Frente Popular, anunciado en 1936 y fracasado pronto, por las distintas perspectivas de sus integrantes. Pero en cambio se conformó un vigoroso movimiento de opinión antifascista, más preocupado por el conflicto mundial que por el caso argentino, que no les resultaba fácil de encuadrar.

Desde 1939, la guerra mundial mantuvo la polarización, pero con cambios significativos en los alineamientos. El gobierno conservador optó, sensatamente, por el neutralismo. Recibió el apoyo de un ejército de tradición germanófila, con ideas de autarquía estatal, y además capturado por el nacionalismo católico, cuya infiltración durante los años 30 fue notablemente eficaz. También apoyó el neutralismo el Partido Comunista, que entre 1939 y 1941 debió defender el pacto Hitler-Stalin y atacar a “los imperialismos”. Se sumaron otros grupos antiimperialistas de tradición de izquierda o radical, como FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina). Pocos se declaraban favorables al régimen nazi, pero el neutralismo los expresaba adecuadamente.

El bando aliadófilo cobró impulso después de la invasión de Francia. Al viejo frente antifascista –del que había desertado el comunismo– se sumó la mayoría del liberalismo conservador –otra vez, es sintomática la posición de *La Nación*– y el radicalismo. Los socialistas, aunque minoritarios, eran el pivote de esta heterogénea coalición, que pudo montar una organización plural y eficaz en la movilización: Acción Argentina. Pero algo limitaba el cruce de los debates sobre el mundo con la política local: la oposición no tenía frente a sí a quien hiciera figura de Hitler sino a un gobierno conservador, encabezado por el anciano jurista catamarqueño Ramón Castillo, que viraba de manera lenta pero segura del neutralismo a posiciones favorables a los aliados.

El golpe militar del 4 de junio de 1943 aclaró el panorama. Sus principales protagonistas eran oficiales jóvenes, imbuidos de ideas regeneracionistas. El gobierno fue activamente neutralista, dictatorial, nacionalista y católico. Además de reprimir a los sindicatos y a los activistas aliadófilos, tomó medidas de fuerte contenido simbólico, como la expulsión de connotados universitarios liberales y el establecimiento de la enseñanza religiosa en las escuelas públicas, que era una antigua reclamación de la Iglesia. No era difícil ver en estos coroneles la encarnación del fascismo. Todo encajaba desde entonces, y el frente antifascista, constituido al impulso de los conflictos del mundo, pudo ser, a la vez, internamente un frente antigubernamental.

Entre 1943 y 1945 la democracia y la libertad eran banderas tanto para la guerra mundial como para la política interna. Los avances militares de

los aliados animaban a sus partidarios locales, que se manifestaban cada vez más libremente, mientras el gobierno cometía torpezas como reprimir con dureza a quienes salieron a festejar la toma de París. El gobierno fue acorralado, y a lo largo de 1945 se vislumbraba que, con el fin de la guerra, se produciría el fin de la dictadura militar. Los exiliados españoles, que participaron codo con codo en esta lucha, creían a su vez, que Franco caería, arrastrado por Hitler. De ahí aquella famosa consigna de “no deshacer las maletas”.

Las cosas fueron distintas, porque el coronel Perón, salido de la entraña del régimen militar, cambió los datos, redefinió la polarización y, a la vez, la profundizó. Entre 1944 y 1946 organizó, de una manera técnicamente admirable, una alternativa política de éxito sorprendente. Se basó firmemente en el gobierno militar y en el Ejército, y recibió también el apoyo del grueso de la jerarquía eclesiástica. Pero con su política social, desplegada desde la secretaría de Trabajo, logró ganar el apoyo de los sindicatos, atrajo a sus dirigentes socialistas e independientes –los comunistas no fueron convocados sino encarcelados–, y organizó direcciones de remplazo cuando no pudo captarlos. La importancia de esta alianza se manifestó en la célebre jornada del 17 de octubre de 1945 en la Plaza de Mayo. Ocurrió unos días después de que el frente antifascista, descontando su éxito, se manifestara multitudinariamente en otra plaza de la ciudad.

Con elecciones a la vista, Perón atrajo también a grupos importantes del radicalismo, el socialismo, el nacionalismo y el catolicismo. No hubo conglomerado previo que no se dividiera y contribuyera a la formación del nuevo frente. Su propuesta conservaba una parte no menor de la antigua propuesta nacionalista autoritaria, pero le agregaba elementos completamente originales y muy actualizados. Medidas propias del Estado de bienestar, una amplia democratización social, un componente nacionalista y antiimperialista y la propuesta de una “democracia real”, más eficaz y atractiva que la meramente “formal” que declamaban sus opositores. Ya en el gobierno, esto se manifestó en una serie de políticas sociales de avanzada, instrumentadas por un gobierno autoritario, cuyo líder carismático dividía a la sociedad entre el “pueblo” y la “oligarquía”. Sus apoyos –los “muchachos peronistas”– compartieron la fe de su líder, y su visión de la política.

Alimentaron el enfrentamiento, aunque vivieron con optimismo y alegría las posibilidades de disfrutar de bienes materiales y simbólicos de una Argentina que, en su opinión, era básicamente buena. En febrero de 1946 obtuvieron una victoria clara aunque no abrumadora.

Los vencidos en la elección de 1946 se ubicaron con pocas dudas en la vereda de enfrente, pasando con naturalidad del antifascismo de la guerra al antiperonismo de la posguerra. El resultado electoral los sorprendió mucho. Una reacción primaria fue la descalificación de los recién llegados por su grosería. Otros, con una tradición de izquierda, quedaron desconcertados por la deserción de “la clase obrera” y apelaron al concepto de “lumpen proletariado”: solo algunos relacionaron el nuevo régimen con los cambios de la sociedad. Unos y otros calificaron a Perón de demagogo, antes de llamarlo dictador. La brecha entre uno y otro bando se profundizó cuando el gobierno potenció la agresión verbal y clausuró el debate público. Una de las consecuencias fue el congelamiento de las posiciones y el abroquelamiento de los opositores en una fortaleza sitiada.

LOS INTELECTUALES ANTIPERONISTAS

Los académicos e intelectuales tuvieron un problema adicional: perdieron sus empleos en el ámbito universitario, que el gobierno peronista entregó inicialmente al núcleo más duro del catolicismo nacionalista. Pero ampliaron y consolidaron un mundo cultural alternativo, donde mantuvieron la sociabilidad, encontraron cómo ganarse la vida y, discretamente, pudieron seguir discutiendo de política.

El peronismo y los antiperonistas

En las universidades nacionales hubo más de 400 profesores declarados cesantes y otros 800 que renunciaron en solidaridad. Casi 1300 académicos de primer nivel quedaron sin trabajo: entre ellos, Bernardo Houssay, Premio Nobel de Medicina en 1947, que pudo seguir sus investigaciones y mantener su equipo en un instituto privado, patrocinado por el empresario textil Campomar. En la universidad quedaron los católicos nacionalistas, insta-

lados en 1943, y también muchos profesores mediocres, conformistas y apolíticos, junto con otros meritorios, como don Claudio Sánchez Albornoz.

Veamos el caso de la sociología, campo en el que Francisco Ayala intentó insertarse⁴. La sociología había tenido un buen desarrollo en las universidades desde comienzos de los años 40. En Buenos Aires, el historiador Ricardo Levene, buen lector de Durkheim, estaba a cargo de la cátedra y de un Instituto de Sociología del que participó de manera lateral Ayala. Allí estaba también el joven Gino Germani, junto con otras figuras provenientes del nacionalismo católico, como Jordán Bruno Genta o Alberto Baldrich. En Tucumán, el italiano Renato Treves encabezó un grupo que dejó buenos seguidores y en Córdoba estaba Alfredo Poviña, un correcto profesional. En Paraná estaba Jordán Bruno Genta y en Rosario Alberto Baldrich, ambos militantes del nacionalismo católico. Ayala fue contratado para dictar el curso de Sociología en la Universidad del Litoral, en Santa Fe, entre 1941 y 1943. Allí formó un grupo de investigación, cuya figura más destacada fue Ángela Romera Vera, acompañada por Marta Samatán y un joven pero prometedor Ítalo Luder⁵. Casi no había desarrollo de la sociología empírica –esas investigaciones se desarrollaban por entonces en oficinas del Estado– pero era aceptable el conocimiento de las teorías sociales modernas.

El grupo más consistente se disgregó después de 1946: Treves volvió a Italia, Levene renunció y Germani perdió su empleo; Poviña en cambio se quedó. José María Rosa reemplazó a Ayala en Santa Fe. Otros reemplazantes vinieron de los Cursos de Cultura Católica o de Acción Católica, y cultivaron el tomismo: los padres Juan Sepich y Octavio Derisi, Francisco Valsecchi, militante del catolicismo social, Baldrich y algunos jóvenes más abiertos, como José Enrique Miguens, luego replicados en la *Revista de la Universidad* por el padre Benítez, quien había sido confesor de Eva Perón. Aunque institucionalmente la sociología se afianzó en la universidad, no salió de allí mucho más que tomismo aplicado, que no desentonaba con las ideas sociales de Perón.

Muy propio de esas ideas fueron los proyectos de agrupar a los intelectuales en un espacio de la Comunidad Organizada. Así se intentó, sin mucho éxito, hacia 1948, con la Junta Nacional de Intelectuales y el

Estatuto de los Trabajadores Intelectuales. Hubo un énfasis del Estado en los valores tradicionales de la cultura: la enseñanza del folclore en las escuelas o la celebración del Día de la Tradición. También se trató de romper la separación entre la cultura de elite y la popular, por ejemplo ofreciendo recitales de tango en el Teatro Colón. Pero en verdad, sus temporadas operísticas tuvieron el nivel de siempre, la Radio del Estado inició el célebre y prestigioso ciclo de teatro radial *Las Dos Carátulas*, y la orquesta de la emisora organizó conciertos sinfónicos, con entrada libre, prestigiados por excelentes directores. No faltaron destacados intelectuales y artistas de fe peronista, como Leopoldo Marechal, cuya excelente novela *Adán Buenosayres* generó un cierto malestar entre quienes consideraban que excelencia y peronismo eran términos contradictorios⁶. Elías Castelnuovo, César Tiempo y María Granata, los filósofos Carlos Astrada y Luis Juan Guerrero son otros nombres destacados de una cultura de elite peronista que, si no abundó, tampoco estuvo enteramente ausente.

Pero sin duda, el grueso de los intelectuales y artistas militó en el anti-peronismo. El gobierno evitó que tuvieran voz pública, como lo hizo con las fuerzas políticas de oposición. Era difícil hacer reuniones numerosas y los pocos medios periodísticos que el gobierno no había adquirido —como *La Nación* o *Clarín*— hacían malabares con el lenguaje elíptico. *La Prensa*, que fue más frontal, terminaría siendo expropiada. Pero fuera de eso, no interfirió con el mundo cultural no oficial, que no solo mantuvo su actividad sino que la incrementó. Al menos hasta 1950, cuando el peronismo avanzó en el control y las restricciones.

La industria editorial

Los académicos, intelectuales y artistas privados del apoyo estatal, sumados a los exiliados, sobre todo españoles, pudieron subsistir en la Argentina peronista gracias a la formidable expansión de la industria editorial. Algunos, también escribieron en los diarios, como *Crítica* o *La Nación*, que pagaba generosamente a los más prestigiosos. Pero el grueso trabajó como correctores de pruebas, traductores, asesores literarios, directores de colecciones o simplemente autores. En 1955, cuando ya había aca-

bado el esplendor editorial, la caída del régimen peronista reintegró a los intelectuales al presupuesto estatal.

La industria editorial argentina, ya asentada por entonces, creció mucho desde 1936, por la retirada de las editoriales españolas. Las argentinas aprovecharon un mercado local tradicionalmente lector y se proyectaron por toda Hispanoamérica, donde aún hoy son recordados la revista *Billiken* o los libros de Editorial Atlántida⁷. Atlántida era un emporio de libros y revistas. También estaban Kraft y Peuser, así como las españolas Sopena, Espasa Calpe y Rueda, que distribuían y editaban. Con la guerra surgieron nuevos proyectos editoriales –entre 1943 y 1944 el número de casas editoras pasó de 69 a 156, para estabilizarse en 100–, en muchos casos por obra de empresarios editores españoles, como Gonzalo Losada, o Antonio López Llausás, convocado para dirigir Sudamericana. Hubo otros muchos proyectos en los que participaron españoles, como Emecé o Nova, y otros de inversores locales, que sin saber mucho de libros, encontraban de interés colocar algún capital en un negocio bueno y prestigioso. También jugaron un papel importante los talleres gráficos –Chiesino, López–, que a menudo impulsaban proyectos editoriales no muy rentables –libros o revistas–, pero que les permitían materializar sus intereses culturales, y a la vez llenaban los tiempos muertos de sus imprentas. De alguna manera, es el caso de Carmen Gándara, mecenas de *Realidad*, que unió su ilustre apellido –Rodríguez Larreta– con el de alguien con un poco menos de prosapia, pero de fortuna suficiente como para que se diera su nombre a una estación de tren, cercana a sus estancias. El señor Gándara, de origen vasco, era propietario de una importante empresa de productos lácteos, que competía con la de la familia de Adolfo Bioy Casares, beneficiada como todas por la expansión del mercado urbano de consumo.

Es difícil encontrar en este grupo quién no haya trabajado en alguna de las muchas editoriales. Todo joven con alguna calificación que iniciaba su carrera laboral en el mundo editorial lo hacía como corrector de pruebas. Quiénes sabían idiomas hacían traducciones. Muchos escribieron libros para colecciones de difusión como las de Atlántida, o entradas para enciclopedias –como hicieron Jorge Lafforgue, Tulio Halperin y tantos otros para un gran proyecto de Quillet– o hasta editaron revistas de historietas,

como Hugo Cowes en Columba. También había trabajo para los artistas plásticos, como Atilio Rossi, que revolucionó el diseño gráfico, o Luis Seoane, notable tapista. Los más destacados dirigían colecciones o las asesoraban, como hicieron Ayala, Luzuriaga, Francisco Romero y Guillermo de Torre con Losada, o Mallea en Emecé. En suma, vivían de las editoriales, y en torno de ellas, o de las imprentas, se sociabilizaba y se organizaban proyectos, entre ellos de revistas culturales.

Redes

Las revistas culturales fueron uno de los grandes instrumentos de articulación del mundo de los intelectuales antiperonistas. Lugares de expresión, ámbitos de sociabilidad en sus redacciones, solían tener un núcleo coherente y una periferia amplia y variada, que las encadenaba unas con otras.

La más antigua era *Sur*, que resume muchas de las tendencias del grupo: universalismo, defensa de la tradición liberal y apoliticismo, no reñido con la defensa explícita de sus valores⁸. Desde mediados de la década de 1930 *Sur* fue afiliándose al mundo del antifascismo, tomó partido por la República española y acogió a Jacques Maritain; luego lo hizo, más fuertemente, por el bando de los aliados, y posteriormente, de manera menos explícita, en contra del peronismo. Las referencias en este caso solo fueron indirectas: comentarios despectivos sobre la vulgarización cultural, reafirmación de la tradición histórica liberal y reflexiones sobre el papel de las masas en la democracia. Su directora, Victoria Ocampo, estuvo detenida en 1953, junto con otros intelectuales antiperonistas. Un grupo importante de los colaboradores de *Realidad*, incluyendo a Ayala y a Francisco Romero, también participaba activamente en *Sur*.

El resto es un universo vasto y discontinuo, del que solo se señalará, a través de algunos casos, los cambios de clima en las diferentes coyunturas. Luis Seoane y Lorenzo Varela, destacados exiliados republicanos, con afinidades con el comunismo, animaron tres revistas en las que los exiliados confluyeron con los intelectuales locales⁹. En *De Mar a Mar* (1942-1943) predominaba la reflexión general y la impronta cultural. *Correo Literario*

(1943-1945) asumió un antifascismo militante, propio de esos años; en ella participó un sector amplio de intelectuales, que incluyó a futuros colaboradores de *Realidad* –Martínez Estrada, Mallea, Ayala–, junto con un comunista con notable capacidad para gestar confluencias: Norberto Frontini. En octubre de 1944 editaron un número especial dedicado a la liberación de París, en momentos en que el gobierno militar prohibía las manifestaciones sobre el tema. A mediados de 1945, convencidos de la inminente caída de Franco y el retorno a España, Seoane y Varela decidieron cerrar la revista y hacer las valijas. Poco después, ya con el triunfo de Perón y la supervivencia de Franco a la vista, reincidieron con *Cabalgata* (1946-1948), con un elenco no muy diferente de colaboradores pero con un tono atemperado, tanto en relación a Perón como a Franco. Sin embargo no pudieron evitar los problemas políticos, con los que se vinculó el exilio en Montevideo de Lorenzo Varela.

Por entonces, el gobierno peronista había modificado completamente el clima de las publicaciones, que aceptaron la consigna tácita de no ocuparse de la política local¹⁰. *Expresión* (1946-1948) fue publicada por intelectuales comunistas, y algunos socialistas. En esos años Leónidas Barletta, un comunista periférico, presidía la Sociedad Argentina de Escritores y centraba su acción en los problemas gremiales. La revista apuntó sobre todo a valorizar a los escritores provinciales y al contenido popular de la literatura regional, un sesgo que la acercó a las preocupaciones nativistas de la cultura del Estado. Héctor Agosti, el más importante intelectual comunista, abogó por la tradición histórica liberal y el socialista Roberto Giusti, en una sección de actualidad, denunció los diversos atropellos que el gobierno cometía con intelectuales destacados.

Realidad, como es sabido, se publicó entre 1947 y 1949. Este año comenzó a aparecer *Liberalis*, de larga trayectoria, animada por Rodolfo Fitte. Era un socialista que había militado en la antifascista Acción Argentina y que desde 1953 impulsó ASCUA (Asociación Cultural Argentina para la Defensa y Superación de Mayo), una organización definidamente antiperonista, cuyas principales figuras fueron detenidas en 1953. La revista defendió consecuentemente el punto de vista liberal en materia de pensamiento y de gobierno. Desarrolló una de las líneas de *Realidad*, donde

también habían colaborado algunos de sus autores: Carlos Alberto Erro – quien presidió la SADE desde 1948–, José Luis Romero, que lo acompañó en la Comisión Directiva de la SADE, y Bernardo Canal Feijóo. Otra de las líneas de *Realidad* –la preocupación por Occidente, su cultura y su crisis–, fue desarrollada por *Imago Mundi* (1953-1956), dirigida por José Luis Romero, dedicada estrictamente a la historia de la cultura y ajena a los temas políticos. En *Imago Mundi* colaboraron algunos miembros de la revista *Contorno* (1954-1959), dirigida por David e Ismael Viñas, inicialmente crítica y “parricida” de la tradición literaria mayor. Oscar Terán ha señalado las diferencias entre ambas revistas, una “comprometida” y otra “en la torre de marfil”. Sin embargo, muchos lazos las unían; baste mencionar la participación compartida de Ramón Alcalde, secretario de redacción de *Imago Mundi*, de Tulio Halperin Donghi o del joven Jorge Lafforgue, así como la muy estrecha relación de José Luis Romero con David Viñas¹¹.

Esta red de revistas se vinculaba naturalmente con otras instituciones y grupos. La más importante fue el Colegio Libre de Estudios Superiores, fundado en 1930¹². La institución dictaba cursos para un público amplio y conocedor, y publicó una revista, *Cursos y Conferencias*. Pionera en promover el debate sobre la economía y la sociedad argentinas –se destacaron Ricardo Ortiz, Gino Germani y Arturo Frondizi–, desde 1943 fue el lugar de acogida de los profesores separados de la universidad. Aunque el Colegio Libre no incursionó en temas referidos al presente local, fue clausurado en 1952. Fueron pocos los profesores e intelectuales que no pasaran por esta institución, que también atrajo a estudiantes universitarios interesados por docentes más capaces que los de la universidad. En otros ámbitos, los psicoanalistas habían fundado su asociación, estrechamente vinculada a la matriz freudiana y absolutamente ajena al Estado, y otros psicólogos armaron espacios menos ortodoxos. Los centros de estudiantes –como La Línea Recta, de Ingeniería– o el de Filosofía y Letras, así como las asociaciones de graduados, tendieron el puente entre la generación mayor y las nuevas camadas, cuya participación en la militancia antiperonista era más intensa y concreta, y no solo en la universidad.

La solidaridad cultural y política se extendía al campo de las artes. En el terreno musical –no mal atendido por el Estado– Amigos de la Música, el Mozarteum y el Collegium Musicum se sumaron a la Asociación Wagneriana. La actividad plástica fue muy intensa en las galerías privadas, y los interesados en la crítica se reunieron en *Ver y Estimar*. Floreció el teatro independiente: La Máscara y Los Independientes se sumaron al Teatro del Pueblo de Barletta y a IFT (Idisher Folks Teater), especializado en teatro en lengua yiddish. La colectividad judía actuó como canal de encuentro y de mecenazgo para las actividades culturales. Lo mismo hicieron las distintas colectividades españolas, y muy especialmente la activa y estructurada colectividad gallega. Podría decirse que todos se conocían y, de un modo u otro, estaban relacionados¹³.

Sin embargo, no era un mundo homogéneo. El peronismo congeló en un instante de su desarrollo una discusión que venía de antes y seguiría luego de 1955. Pero en esos diez años, cada uno quedó fijado en una posición, acompañado por quienes también habían quedado allí. En términos políticos, incluía un arco que iba desde el comunismo hasta el conservadurismo liberal y el catolicismo antiperonista, muy poco liberal, como lo expresa Carmen Gándara en *Realidad*. Su centro de equilibrio se hallaba en algún lugar democrático progresista, vagamente socialista pero no marxista. El peronismo atenuaba las diferencias y favorecía los cruces. El anticomunismo que comenzaba a instalarse dificultaba las solidaridades creadas por el antifascismo, pero *Sur* tenía su comunista propia: María Rosa Oliver. Norberto Frontini, quizás más orgánico, compartió varias iniciativas con Eduardo Mallea. Pero ciertamente, no se admitía a ningún peronista, aunque fuera tan talentoso como Marechal, y cada tanto se excluía del círculo a alguien que había “peronizado”.

En cuestiones culturales, el debate era intenso y libre, como en el caso del existencialismo. Recurro a la sociología, otra vez, para mostrar matices y diferencias poco importantes entonces y que más tarde serán muy visibles. La mayoría de quienes se interesaban por la disciplina se adscribían a la gran tradición alemana: Weber, Simmel, Tönnies, Freyer, Mannheim, a quienes se sumaban Durkheim, Gurvitch y Lévy-Bruhl. La monumental tarea de Fondo de Cultura Económica –que tenía una filial en Buenos

Aires—robusteció al grupo, más preocupado por las ideas que por la investigación de campo. Quien sería el gran impulsor de la disciplina luego de 1955, Gino Germani, por entonces también se dedicaba a la edición de libros. En Paidós publicó a Fromm, Karen Horney (ambos con mucho éxito), Margaret Mead, Malinowski o Violet Klein. Desarrolló una línea que combinaba los clásicos del pensamiento sociológico con la antropología, la psicología social y el psicoanálisis. Esas corrientes, no representadas en *Realidad*, sin embargo sustentaban una inquisición sobre temas comunes a todos: las masas y el fascismo.

Tensiones y conflictos

La solidaridad —largamente transitoria, podría decirse— se basaba en una visión básica del peronismo, más fácil de compartir en tanto no podía ser explicitada y divulgada por escrito —tal era la norma básica de la convivencia con un régimen fuertemente autoritario— y que solo podía manifestarse públicamente en alambicadas alusiones o, lateralmente, en temas de índole general. Es claro que todos los antiperonistas trasladaron al peronismo sus imágenes del fascismo, más o menos comprensivas, y las combinaron con las de las clásicas dictaduras latinoamericanas. Todos discutieron, a propósito del peronismo, el tema de las masas, su dimensión disruptiva y su fácil manipulación, así como el problema de la demagogia, una palabra que precedió al “populismo” hoy en boga. Todos coincidieron en la defensa de las libertades personales y públicas. Las cuestiones eran largamente tratadas en privado, aunque sospecho que la crítica más fácil y superficial al “líder” y a “esa mujer” desplazaba consideraciones más profundas. Lo cierto es que no hubo debates públicos que permitieran refinar las posiciones y, sobre todo, mejorar la comprensión de un proceso que, aunque podía referirse al fascismo, tenía componentes argentinos singulares.

La ausencia de debates no significaba que no hubiera diferencias, pero estas se manifestaban tangencialmente, o en el plano de las prácticas: se discutió hasta dónde el antiperonismo de ideas debía traducirse en acciones. Esos debates se advierten en la Sociedad Argentina de Escritores (SADE). De tradición gremial y no política, la SADE se vio envuelta en la polariza-

ción generada por el antifascismo; en 1941 se definió por la democracia y los aliados, y hasta hubo quien propuso expulsar a los escritores nacionalistas, quienes en 1946 se apartaron y fundaron su propia asociación, poco exitosa, auspiciada por el gobierno. En 1945 la SADE estuvo muy activa y comprometida, pero en 1946 la militancia pública desapareció y su acción se limitó a cuestiones gremiales, que no eran menores. La primera fue reivindicar a Ricardo Rojas, a quien el gobierno privó en 1946 del Gran Premio Nacional, que ya le había sido concedido. Como respuesta, la SADE creó el Gran Premio de Honor, recibido en los años siguientes por algunos de los miembros de *Realidad*: Mallea, Martínez Estrada y Francisco Romero. En 1948 Carlos Alberto Erro, nuevo presidente, incitó a una acción más comprometida de los intelectuales, sin mayor éxito, y en 1950 Jorge Luis Borges y Manuel Mujica Láinez trataron de convertirla en un foro de la vida cultural no oficial. Fue llamativo que en 1953 –señaló Flavia Fiorucci– la SADE no protestara por la detención de socios destacados, como Victoria Ocampo o Francisco Romero¹⁴.

Las diferencias en el campo de los intelectuales antiperonistas pueden adivinarse, sobre todo a partir de su espectacular explosión luego de 1955, aunque no todo lo que se dijo entonces tenía precedentes. Pero es claro que una buena parte centraba su antiperonismo en una reacción contra la vulgaridad y la masificación, en nombre de una cultura de elite, que sus adversarios calificarán no sin alguna razón de aristocratizante y europeizante. Por otro lado, a la Argentina llegó la ola anticomunista, generada por la Guerra Fría y por el creciente conocimiento de los horrores del régimen soviético, que era ampliamente denunciado en el mundo intelectual europeo. Esto hizo difíciles las relaciones con los comunistas –muchos de ellos, por otra parte, estaban revisando su percepción del peronismo– y también con quienes, compartiendo las críticas, no querían sumarse a la ola del macartismo. El nacionalismo, ya hondamente arraigado en la cultura argentina, también añadió tensiones, pues si bien los sectores nacionalistas más extremos e intolerantes se habían sumado al peronismo, existían otras formas de añorar el “ser nacional” o de alimentar el sueño del “desarrollo nacional”, muy presente por ejemplo en el grupo intransigente de la Unión Cívica Radical. Ello llevó a algunos intelectuales a la crítica al liberalismo, un tópico construido desde los años 20, tan difuso como activo, en general ajeno al antiperonismo pero no totalmente ausente.

EL ÁNGULO DE REALIDAD

Esto nos introduce en la cuestión final: cómo miraba *Realidad* a la Argentina de entonces. La revista se presentó como un “mirador argentino” de la cultura occidental. Estar al tanto de lo que ocurría en Europa, en Estados Unidos y en América Latina, en ese orden, fue la gran preocupación de sus editores. Convocaron a muchas de las figuras más importantes de la discusión cultural del momento –de Bertrand Russell a Toynbee– y se interesaron por figuras destacadas, poco afines a sus orientaciones, pero que concentraban la discusión de la hora, como Heidegger o Sartre. Inclusive convocaron para descifrar a Sartre a Miguel Ángel Virasoro, un filósofo sólido pero ajeno a la línea de la revista¹⁵. Distintos corresponsales escribían “cartas” informando sobre la situación cultural en cada país. Se reseñaban con cuidado las principales revistas culturales, se comentaban los nuevos libros y en la sección “La caravana inmóvil” se seguía el pulso de la vida intelectual del extranjero. En cuanto a estar informados, había una preocupación casi obsesiva, que luego se retomó en *Imago Mundi*. En un país que se cerraba en todo sentido, y que llegó a estar bastante apartado del mundo –como se constató con la explosión modernizadora luego de 1955–, este grupo de intelectuales, argentinos y españoles exiliados, desplegó su voluntad de seguir vinculado con Occidente.

Y algo más que eso. La cultura occidental –se ha señalado muchas veces– es el tema central de *Realidad*¹⁶: sus cualidades, su crisis, su relación con otras culturas, su misión y, también, su necesaria regeneración. Particularmente en un punto: ayudarla a superar los estatismos nacionalistas, que no habían desaparecido con el fin de la guerra y, por el contrario, eran más amenazantes. En esto se asignaba un importante papel y una específica responsabilidad a América y España. Desde ese ángulo, la revista retomó, en clave liberal, una vieja tradición del hispanismo.

Se ha señalado la semejanza de *Realidad* con *Cuadernos Americanos*¹⁷. En ésta revista, editada en México, además de las preguntas propias de los intelectuales españoles que la animaban se desarrolló otra, muy común en la época, acerca de la originalidad o especificidad del “pensamiento latinoamericano”. La cuestión –una inflexión del nacionalismo cultural– está ausente de *Realidad*, más allá de lo que de ella evocaran los discípulos de Pedro

Henríquez Ureña. Risieri Frondizi la descalificó rápidamente: la “normalidad filosófica” latinoamericana, que había proclamado Francisco Romero, consistía por entonces en despegarse de los costados políticos o pedagógicos y centrarse en la disciplina. Al final se verá –dice– si la filosofía hecha en América Latina, según las reglas del oficio, tiene un matiz singular.

En cambio, *Realidad* se ocupa de lo que España podría aportar a la regeneración occidental. El tema, que apasiona a los españoles, conduce a la pregunta sobre el ser de España. Américo Castro, cuyo libro se publicó por entonces en Buenos Aires, sostuvo polémicamente que la hispanidad surgía en la Baja Edad Media, como resultado del cruce cultural de musulmanes, cristianos y judíos. Claudio Sánchez Albornoz, que poco después publicaría su monumental respuesta, ubicó la hispanidad en los comienzos mismos de la historia de la península, enfatizó el papel de la Castilla medieval y entabló con Ayala una polémica sobre la decadencia española. Ayala criticó el esencialismo de ambos historiadores, miró más allá de la Edad Media y señaló una singularidad política española, adecuada para sus preguntas acerca del siglo XX: la espiritualidad universalista, dominante en el siglo XVI y perdida en los estados modernos con el desarrollo de la *realpolitik*. Retomar aquella espiritualidad en la posguerra podría corregir las tendencias nacionalistas dominantes. Si no se conocieran las preocupaciones más universales de Ayala, podría verse en esto otra versión del hispanismo regeneracionista, en clave liberal¹⁸.

José Luis Romero –completamente imbuido por la preocupación de explicar en clave histórica la cultura occidental– propuso ir un poco más lejos, y encontrar “el matiz argentino del espíritu occidental”. Es posible que el tema argentino estuviera en la mente y hasta en las discusiones privadas de sus animadores: muchos de ellos sacaron a relucir sus ideas apenas cayó Perú¹⁹. Pero –ya fuera por censura o autocensura– los lectores de *Realidad* debían conformarse con alusiones indirectas al “matiz argentino”, sobre todo en sus fases más recientes.

Quienes querían leer entre líneas podían encontrar alusiones frecuentes. Por ejemplo, en la caracterización que hace Bertrand Russell de las ideas estatistas de Hegel y de Platón y su “alegato autoritario”, así como en su paralelo entre las antiguas guerras de religión y las actuales “guerras ideoló-

gicas” (I, 1). Muchos han de haberse sorprendido cuando Cecilia Meireles, asocia la decadencia de Brasil con la dictadura populista de Getulio Vargas, con su casi obvio *mutatis mutandis* argentino (I, 1). Aunque Jesús Prados Arrarte escribió en general sobre la economía del mundo capitalista, lo hizo sobre temas bien conocidos en la Argentina de entonces: empresarios prebendados, sindicatos corporativos, Estado omnipresente. También ha de haber sonado familiar su crítica a las tendencias autárquicas de los estados pequeños, condenados a la decadencia. (I, 3 y V, 15). Quizás el texto sobre “La política de la Iglesia”, del especialista vaticano Arturo Carlo Jemolo, haya tranquilizado a los católicos argentinos antiperonistas, desconcertados por la pragmática conducta de sus obispos (III, 7). Francisco Ayala nunca se refería a la Argentina, pero el país estaba muy presente en sus análisis sobre la democracia, entre el liberalismo y la demagogia, las masas, el cesarismo, los medios de comunicación y su manipulación de las voluntades.

Las alusiones indirectas abundan. Las directas, en cambio, son escasas. Poco más de una docena de artículos de *Realidad* se refieren a la Argentina, y de ellos, la mayoría al siglo XIX, y particularmente a la Generación del 37, Echeverría y Sarmiento, implícitamente contrapuestos con Rosas. En un texto singular desde su título, “Los intelectuales argentinos y la realidad actual” (II, 6), Carlos Alberto Erro parte de Echeverría para concluir con una admonición a sus colegas: es la hora de comprometerse; no de militar, quizá, pero sí de expresarse y opinar. En un comentario crítico a Eduardo Mallea, Aníbal Sánchez Reulet denuncia la presente “declinación moral, en medio de una existencia fácil y próspera” (“Ficción y realidad de la Argentina”, I, 3: 428), y avisora “un movimiento responsable de verdadera restauración nacional” (429).

En ambos casos se trata casi de un ex abrupto, un desliz de la pluma revelador de una crítica apenas contenida. En “Los elementos de la realidad espiritual argentina” (II, 4), José Luis Romero encara la cuestión más explícitamente, sintetizando los principales argumentos de *Las ideas políticas en Argentina*, aparecido el año anterior. Basado en el estudio de las mentalidades sociales, el autor avisora con esperanza el momento en el que la “mentalidad universalista” logre encarrilar y dar forma a la emergente “mentalidad aluvial”, a la que, a diferencia de Sánchez Reulet, no descalifica, pese

a que obviamente incluye al peronismo. Sebastián Soler le hace un acerado comentario: lo que está en juego no son mentalidades, demasiado difusas para su manera de entender la cuestión, sino ideologías que luchan en el campo político (“Importancia actual de la política”, II, 6). Razonablemente, la incursión sobre el tema político no podía ir más allá de eso, salvo ocasionalmente, como en una nota breve de Lorenzo Luzuriaga en que se deja constancia de la supresión por el gobierno del Consejo Nacional de Educación y del cese de la autonomía universitaria (“Libertad de enseñanza e intervencionismo del Estado”, II, 4).

El centro de las reflexiones estaba en otro lado: la cuestión del “ser nacional”, un tema que dominaba el imaginario no solo de los peronistas sino de muchos antiperonistas, cultores de un “nacionalismo blando” al decir de Ayala en 1956. Al elogiar una novela de Juan Goyanarte, Carmen Gándara hizo referencia al “argentino esencial” (I, 1); Horacio Rava encontró el “ser santiagueño”, presente en diferentes obras de nativos de esa provincia (IV, 12). Bernardo Canal Feijóo, un ensayista no fácil de descifrar, jugó de distintas maneras con la idea, como cuando contrapuso la legitimidad “extrínseca” del análisis histórico con la “intrínseca”, que era un tópico del revisionismo (“La autenticación de la Historia”, I, 2). En otro lugar, luego de señalar el carácter centralista del Estado nacional, legitimado en un constitucionalismo extrínseco, reclamó una nación integrada e integracionista, que no ignorara a las provincias y su personalidad. Igualmente complejo era el razonamiento de Ezequiel Martínez Estrada sobre *Martín Fierro* de José Hernández. Encontraba en él castizas raíces hispanas, y lo consideraba el fruto tardío de una época ya pasada, desgajada de la auténtica literatura nacional (“Lo gauchesco”, I, 1).

Ayala recordó posteriormente las polémicas en el seno del consejo de redacción, fácilmente imaginables si se considera quiénes lo integraban, o como decía antes, a quiénes el peronismo había puesto juntos. Si pudieron marchar juntos tanto tiempo es porque los unía un interés y una pasión superiores; quizás “el espanto” borgiano. Esas desavenencias estallaron ásperamente de manera imprevista, cuando Carmen Gándara decidió comentar una nota aparecida en la revista inglesa *Horizon*, glosada en la sección de comentarios (IV, 12: 333-337). El inglés autor de la nota —relacionada con

el conflicto entre el comunismo y las posiciones liberales— ponía en duda la existencia real de los valores liberales que defendía, pero declaraba asumirlos “como si” (*as if*) existieran. Gándara sostuvo que con “dudadores” como ese escritor no se afrontaba al comunismo, mal supremo; solo desde el cristianismo —una verdad de fe— podía darse un combate del que dependía el futuro de la cultura occidental. Si bien Gándara se distancia retóricamente de las iglesias cristianas realmente existentes, es fácil encontrar en su tono la marca del integrista regeneracionista del mundo católico de entonces, peronista y antiperonista, pues en ese aspecto monseñor de Andrea, referente de los antiperonistas, no era demasiado distinto de monseñor Caggiano, peronista. La larga y contundente respuesta de Jorge Luzuriaga, desde el liberalismo democrático, puso de manifiesto la existencia de una fisura importante en el frente antiperonista, que no tardaría en manifestarse apenas caído Perón (“Dudadores”, V, 14).

Final abrupto

Esto ocurrió a principios de 1949, y a fines de ese año Luzuriaga y Ayala decidieron cerrar la revista. Ayala nos habla de su cansancio y de la ocasión que se le abrió en Puerto Rico. Razones personales, similares a las del cierre de tantas otras revistas, así como eran personales las esperanzas que animaron a quienes siguieron su camino. La línea de *Realidad* se mantuvo en *Sur* y se continuó, por ejemplo, en *Liberalis* y en *Imago Mundi*, cada una con su singularidad.

Sobre la Argentina en que esto ocurrió, puede apuntarse brevemente que desde 1949 la “fiesta” concluyó y se inició un ajuste económico que culminó en la gran crisis de 1952. Por otro lado, las manifestaciones de oposición fueron más fuertes, primero en el terreno sindical y luego en el militar, y como respuesta, el régimen peronista ingresó más decididamente en el camino de la dictadura totalitaria. Fue más difícil vivir en la Argentina, pero a la vez, el núcleo antiperonista se hizo más compacto, y las posibles disidencias quedaron para otra oportunidad.

Notas

- 1 Félix Luna, *Perón y su tiempo. I: La Argentina era una fiesta*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987; Tulio Halperin Donghi, *La larga agonía de la Argentina peronista*, Buenos Aires, Ariel, 1994. Para el contexto histórico me permito remitir a Luis Alberto Romero, *Breve historia contemporánea de la Argentina* (3ª ed.), Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2012.
- 2 Recuérdese que entre la caída de Yrigoyen (1930) y el advenimiento de Perón (1946) hubo dos gobiernos militares (1930-1931 y 1943-1946) y un largo período de democracia con fraude, presidido sucesivamente por Agustín Justo, Roberto Ortiz y Ramón Castillo.
- 3 Un desarrollo de este aspecto en Luis Alberto Romero, “La Guerra Civil Española y la polarización ideológica y política: la Argentina, 1936-1946”, en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, vol. 38, n. 2, julio-diciembre de 2011, pp. 17-37.
- 4 Alejandro Blanco, *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI de Argentina, 2006.
- 5 Luis A. Escobar, *Francisco Ayala y la Universidad Nacional del Litoral. La construcción de una tradición sociológica*, Granada, Fundación Francisco Ayala y Universidad de Granada, 2011.
- 6 No ocurrió así en *Realidad* donde, por indicación de Ayala, Julio Cortázar escribió una larga y entusiasta reseña (V, 14: 232-238).
- 7 Entre 1936 y 1939 se imprimieron en el país 22 millones de ejemplares de libros, y entre 1946 y 1950 llegaron a 146 millones, casi siete veces más, de los que se exportaban aproximadamente 30 millones. Los datos proceden de Leandro de Sagastizábal, *La edición de libros en la Argentina: una empresa cultural*, Buenos Aires, Eudeba, 1995.

- 8 John King, *Sur: Estudio de la revista argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura (1931-1970)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.
- 9 Ramón Villares, “José Luis Romero y el exilio republicano en la Argentina”, en José Emilio Burucúa, Fernando J. Devoto y Adrián Gorelik (eds.), *José Luis Romero: vida histórica, ciudad y cultura*, San Martín, UNSAM, 2013, pp. 291-330.
- 10 Flavia Fiorucci, *Intelectuales y peronismo. 1945-1955*, Buenos Aires, Biblos, 2011.
- 11 Oscar Terán, *Nuestros años sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991.
- 12 Federico Neiburg, *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Buenos Aires, Alianza, 1998.
- 13 Diana Weschler, “Luis Seoane en las redes de la cultura antifascista”, en Fernando Devoto y Ramón Villares (eds.), *Luis Seoane entre Galicia y la Argentina*, Buenos Aires, Biblos, 2012. Algunos de los amigos más íntimos de José Luis Romero eran el pintor Luis Seoane, el crítico de arte Jorge Romero Brest, el fotógrafo Horacio Coppola y su esposa Grete Stern, el músico Juan José Castro, con quien trabajó en el exilio montevideano de éste; en otro ámbito, el dirigente socialista Alfredo Palacios, vecino de su casa materna. Por la vía de su hermano Francisco la lista se amplía notablemente, aunque no incluía a casi ningún historiador.
- 14 Sobre la Sociedad Argentina de Escritores, véase Flavia Fiorucci, ob.cit, pp. 65-88.
- 15 Creo que se trata del único colaborador que era profesor de la Universidad de Buenos Aires. Posteriormente dio más de una prueba de coincidencia con el gobierno peronista.
- 16 Rosana Guber, “Occidente desde la Argentina. *Realidad* y ficción de una oposición constructiva”, en Noemí Girbal-Blacha y Diana Quatrocchi-Woisson, *Cuando opinar es actuar: revistas argentinas del siglo XX*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1999, pp. 363-397. Con más empatía, el tema es analizado en Luis García Montero, “Prólogo” a *Realidad. Revista de Ideas* (edición facsimilar), Sevilla, Renacimiento, 2007.
- 17 Ana González Neira, “*Cuadernos Americanos y Realidad*: dos publicaciones más allá del exilio republicano en América”, en Revista de la SEECI, 25, año XIV, pp. 1-24.

- 18 De manera provocativa, Krauel la compara con la “hispanidad” de Ramiro de Maeztu. Javier Krauel, “El problema de España en el exilio: indagación de una polémica en las páginas de *Realidad* (1947-1949)”, en Manuel Aznar Soler (ed.), *Escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939*, Sevilla, Renacimiento, 2006, pp. 931-938.
- 19 En 1956 José Luis Romero agregó un capítulo sobre el peronismo a su libro *Las ideas políticas en Argentina* (1946). Francisco Ayala escribió un artículo agudo y provocativo, “El nacionalismo sano y el otro: la Argentina a la caída de Perón”, que *La Nación* no publicó y apareció en *Sur* (nº 242, 1956).